

Las fases del ritual funerario en Acaxochitlán, Hidalgo

Luisa Elena Noriega Armenta
Universidad de Salamanca

Acaxochitlán es un municipio del estado de Hidalgo donde en la actualidad se realiza un elaborado ritual funerario, el cual mezcla elementos de origen prehispánico con otros de origen europeo. Según los censos de 2010 del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), el municipio tiene una población de 40 583 habitantes de origen mayoritariamente nahua y otomí. La cabecera municipal está habitada por 3 554 personas, con la mayor parte de sus habitantes de origen nahua y católicos practicantes. En el pueblo, inmediatamente después del fallecimiento de uno de sus miembros, las familias acostumbran hacer una reunión para decidir quién o quiénes se harán cargo de los gastos del funeral, y en ese momento también se confirma el rol de cada persona dentro del ritual.

En la cabecera municipal hay casas funerarias,¹ pero ninguna ofrece el servicio de sala para velatorio, por lo que siempre se vela al difunto en su hogar. El espacio correspondiente a la sala-comedor suele ser donde esto se realiza, por lo que antes de construir un inmueble para habitar se toma en cuenta la ubicación y el tamaño que habrá de tener dicho espacio, así como la dimensión y el ancho de la puerta de acceso.

De manera tradicional, para un velorio los hombres se encargan de la organización de la casa; ellos realizan tareas como poner las mesas, ordenar o conseguir sillas y, si hace falta, colocar lonas afuera, mientras que a las mujeres les corresponde cocinar diferentes platillos, y servir comida y bebida en forma permanente a los asistentes. Los vecinos, conocidos y familiares se encargan de comprar coronas de

¹ En Acaxochitlán existen casas funerarias, pero no ofrecen los mismos servicios que los locales de las ciudades. En estas casas se venden ataúdes y además alquilan mobiliario funerario, como la base móvil para el ataúd, los ciriales, una cruz y la carroza fúnebre. Aunque se ofertan de manera indistinta ataúdes de madera y de metal, en definitiva la gente del pueblo prefiere los primeros, ya que el acto de ir a la tierra es muy importante. En las afueras del pueblo existen fabricantes y proveedores de monumentos y cruces hechos de mármol y granito, muy solicitados entre la gente de todo el municipio.

muerto y de llevar ramos de flores y veladoras. Las personas más allegadas llevan comida preparada, maíz cocinado o en mazorca, así como productos de alto consumo en momentos como éste: azúcar, café, canela y galletas.

La familia invita a un rezandero para que, a partir de la primera noche y hasta el último día del novenario, dirija los rezos.² Durante el velorio y el novenario se reza el rosario con palabras añadidas, según la ocasión —y a las que se llama jaculatorias—,³ para los santos, la Virgen y los fieles difuntos. En los velorios se reza para la salvación del alma del difunto, excepto en los de los niños, pues en ese caso las oraciones son dirigidas a los padres y a los padrinos, en vista de que un infante muere libre de pecado. Entre los rezanderos hay quienes cobran por brindar el servicio, mientras que otros lo hacen de manera gratuita, como un gesto de afecto.

La familia compra la primera cruz (por lo común de madera) y el ataúd, además de costear los servicios de la funeraria, entre los que se encuentran el alquiler de un crucifijo, cuatro candeleros, el carro pedestal y la carroza fúnebre. No es extraño que un acaxochiteco, antes de morir, encargue a alguna persona de toda su confianza que se asegure de que a su muerte se cumpla su última voluntad respecto a sus funerales; es decir, que se le ponga la mortaja que ha elegido, que sea enterrado en la fosa de su preferencia y que se le compre el ataúd convenido. Por lo general, en el pueblo esto se respeta, pues existe la creencia de que si el último deseo de un moribundo no se cumple, su alma regresará y le “jalará los pies” al que haya faltado a su encargo.

La mortaja

En Acaxochitlán la manipulación del difunto para efectuar el amortajamiento le corresponde a algún miembro de la familia. No hay posibilidad de que alguien extraño o ajeno a la casa haga esa labor; y aunque gente de ambos sexos puede participar, lo más común es que haya una mujer involucrada en el ritual.

En la cabecera municipal no se acostumbra bañar al difunto; sólo se le asea de manera superficial, se le tapan la boca y la nariz con algodón y se le viste. Nada más hay dos tipos de mortaja. La más común es el hábito sagrado y la otra, la mejor ropa que se tenga en casa —en muchos casos nueva—. En el pueblo hay un local comercial

² Los rezos del velorio y el novenario se concentran en el *Novenario bíblico para difuntos*, cuadernillo disponible en las iglesias católicas.

³ Oraciones breves y fervorosas (RAE).

propiedad de una familia, para la cual el oficio de confeccionar mortajas ha pasado de generación en generación. Las mujeres a cargo de la tienda son María Mercedes Saavedra y Aurora Zacatenco Tepetitla, que venden las telas y cosen las mortajas. Esta actividad forma parte de una tradición del lugar, pero es también una entrada económica importante, pues cada semana confeccionan un mínimo de tres mortajas, ya que también las solicitan la gente de otras comunidades, rancherías y pueblos del municipio.

En la cabecera municipal se combina la mortaja de la siguiente manera: se puede ir a la tierra sólo con una sábana, con la mejor ropa, o bien con ropa y sábana o mortaja y sábana –en algunos casos la sábana se coloca encima del difunto; en otros casos se le envuelve con ella–. A los niños se les viste a imagen del Niño Jesús. A quien muere hospitalizado lo llevan a la casa y lo amortajan: nunca lo velan con la ropa de hospital.

Una mortaja completa se compone de túnica, cordón, manto y capa. La túnica va abierta por atrás como si fuera una bata de hospital. Por lo común a los hombres los amortajan a imagen de san José –satín verde con amarillo– o del Sagrado Corazón de Jesús –satín blanco con rojo–. La mortaja de las mujeres se hace en blanco y azul, en el caso de la Virgen María; en rosa y verde, en el de la Virgen de Guadalupe, y con hábito café y escapulario, a imagen de la del Carmen. A los niños les hacen la mortaja de tela blanca rematada con espiguilla dorada. En todas las ocasiones al difunto se le viste con ropa interior nueva y, como complemento a la mortaja, se les pueden calzar huaraches de cartón con un listón que se entreteje y se ata al tobillo.

El velorio

Una vez que el cadáver se encuentra debidamente amortajado, dentro del ataúd, colocado sobre una mesa en la sala-comedor de la casa, con los cuatro cirios encendidos y el sahumerio prendido, los asistentes encienden las veladoras en torno al féretro.

Sin importar la hora del fallecimiento, el primer rezo se lleva a cabo a las 20:00 horas –siempre es necesario contar con tiempo para el arreglo del cuerpo–; el segundo entre las 23:00 y las 24:00 horas, y el tercero y último del velorio entre la 1:00 y las 2:00 de la madrugada. Entre un rosario y otro se cantan alabanzas⁴ y más o menos a las 3:00 de la madrugada termina el ritual; entonces toda la gente, con excepción de los familiares más cercanos, se retira a descansar.

⁴ Expresiones festivas con que se recuerda a alguien.

Durante el velorio el difunto es visitado por toda la comunidad y será “alimentado” –metafóricamente hablando– igual que el resto de la gente, y también obsequiado con flores, copal, velas, dinero y bebida. Durante el proceso cualquier persona puede pedir la autorización de los parientes más allegados para colocar dentro del ataúd algún objeto que hará las veces de elemento de protección o que sólo representa el cariño que alguien le tuvo en vida; otra costumbre vigente es dar dinero –de manera discreta– al miembro de la familia que lleva la carga económica del funeral.

El entierro

Al día siguiente, antes de las 13:00 horas la comitiva se reúne otra vez en la casa, donde el rezandero se encarga de suministrar las exequias,⁵ antes de que se traslade al difunto a la iglesia y luego sea sepultado.

Para celebrar la misa de cuerpo presente, el ataúd se coloca entre el sagrario de la Virgen y el altar del Cristo del colateral, justo en el centro de la iglesia parroquial del pueblo –es casi una regla general que, durante los rituales funerarios, la gente humilde vista con la ropa de diario, mientras que las familias adineradas lo hacen de negro y con gafas oscuras–. Una vez terminada la misa la comitiva se traslada al cementerio.

El orden del cortejo es simple: al frente van policías que abren camino a la carroza fúnebre con el ataúd; atrás un familiar carga la cruz de madera, caminando junto con los familiares directos; detrás de la familia va el grueso del acompañamiento seguido de una fila de coches, entre los que se incluyen camionetas con coronas de flores. Al final va una ambulancia. La cruz para niños es de color blanco y más pequeña que la de los adultos, mientras que la de éstos es de color negro o caoba. En el caso de la muerte de un infante, el padrino le corresponde comprar el ataúd y las flores. A los bebés no se les hace misa de cuerpo presente, mientras que a los niños más grandes sí.

En Acaxochitlán existe una marcada preferencia por la práctica de la inhumación, así como ir a la tierra en ataúd de madera, pues se tiene la creencia de que “lo que es de la tierra se debe ir a la tierra”. También es común que se pida, como última voluntad, ser enterrado con música de banda, mariachi o trío, y que se toquen las canciones que al difunto más le gustaron en vida; en cualquier caso, ese gasto corresponde a los familiares. Para enterrar a un difunto se hace lo siguiente: primero se abre la fosa, luego se levantan muros de concreto a una altura determinada; se

⁵ Honras fúnebres (RAE).

coloca el ataúd junto con las pertenencias –colocadas dentro de bolsas a un lado del ataúd–; se cierra la fosa con una plancha de cemento que debe de sellarse, y al final se deposita encima una buena cantidad de tierra hasta formar un túmulo.

El novenario

Al día siguiente al entierro se inicia el novenario, que es una parte ritual completamente funcional. Se trata del proceso en que se le ayuda al alma a iniciar el viaje a su destino final. El origen del ritual es católico y consiste en un periodo de duelo en que se reza por el alma todos los días, por la tarde, de manera comunitaria. Esta tradición tiene un origen europeo, cuyo equivalente son las novenas,⁶ pero no sólo posee una base occidental, ya que también se encuentra inmerso el pensamiento mesoamericano.

La creencia prehispánica sobre el viaje de las entidades anímicas hasta su destino temporal o final incluía también un tiempo variable que dependía de la manera de morir. La muerte del cuerpo se consideraba un proceso gradual, más que como el opuesto absoluto de la vida. En parte eso se debía a que las tres “almas” nahuas se asociaban con partes o funciones del cuerpo –*teyolia* con el corazón, *tonalli* con la sangre e *ihiyotl* con el aliento y los gases corporales– y la muerte se imaginaba como un proceso tanto de desagregación de las partes corporales como de restitución (López, 1984: 359).

En la actualidad, en la cabecera municipal de Acaxochitlán se celebra el novenario con rezos de rosarios a partir del día siguiente al entierro; durante ese periodo, en la casa del difunto se pone una cruz⁷ en el mismo lugar donde el muerto fue velado. Esta cruz puede formarse con cal, ceniza o con el rebozo de una mujer de la casa. Durante los ocho días del novenario la familia del difunto ofrece bebida y comida a los asistentes, que por lo común es parte de la que ésta recibió durante el velorio.

⁶ De manera tradicional, en el ámbito rural de España las misas comienzan con las llamadas “novenas” o misas de novena y se celebran en forma periódica, según la duración del luto, en especial durante el primer mes posterior al fallecimiento hasta el último día o “día de dejar de ofender”. En España se acostumbra rezar novenas a las ánimas benditas, así como a las ánimas necesitadas del purgatorio que no tienen quién les rece.

⁷ En Santiago Tepepa a la cruz del novenario le dan la categoría de un ente vivo, capaz de escuchar y entender lo que se le dice. Durante el novenario se le ofrece comida especial a la cruz con un vaso de agua, se les da a los presentes vasitos con alcohol, refrescos, galletas y pan, se ponen cuatro ceras a los costados de la cruz, y como base se pone un chilacayote. Así pasa la noche la cruz, con los mismos rezos; al amanecer del octavo al noveno día se les da café con pan o galletas. Cuando el noveno día se lleva la cruz a la tumba, le hablan y le encargan al difunto. En el panteón se reparte agua o refresco.

También existe la tradición generalizada de invitar a un hombre –de preferencia casado y de religión católica– para que apadrine la cruz del difunto. El ritual consiste en la visita al elegido por parte de algunos miembros de la familia del difunto, durante la cual por lo común el hijo mayor del difunto se encarga de hacer la petición formal, al ofrecer una canasta con comida y una botella con bebida alcohólica. Si la respuesta a la petición es afirmativa, la familia del difunto agradece y le dejan la canasta.⁸ La aceptación de este compadrazgo se formaliza cuando el nuevo padrino ofrece una comida a los familiares del difunto. Por lo general la gente del pueblo acepta la solicitud del compadrazgo de difuntos, pues aunque el compromiso implica un fuerte gasto económico, se trata de un ofrecimiento difícil de eludir por tradición y sobre todo por reciprocidad.

Como mencionamos, el novenario se celebra con una cruz hecha de ceniza, cal o con un rebozo, cuatro cirios –uno en cada extremo– y, sobre la cruz, cinco veladoras⁹ de vaso; en torno a este escenario se llevan a cabo los rezos durante ocho días. El último día el padrino dispone un lugar de donde salen en procesión una cruz de piedra y otra de flores hacia la casa del difunto, para el ritual llamado “levantada de la cruz”.

La levantada de la cruz.

La levantada de la cruz es la etapa con que concluyen los rituales para despedir al alma del mundo de los hombres. El padrino del difunto lleva a cabo el ritual en el siguiente orden y diciendo las palabras correspondientes según se avanza en el mismo:

1. Retirando la cabeza.

Señor Jesús, por lo dolores que sufriste en tu sagrada cabeza, coronada de espinas, te pedimos que perdones los pecados cometidos por nuestro (a) hermano (a) con el pensamiento.

Padre nuestro.

2. Retirando el brazo derecho.

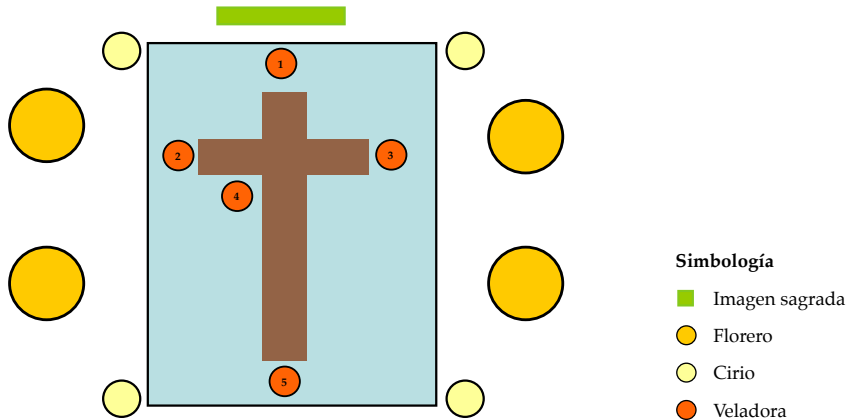
Señor Jesucristo, por el dolor que sufriste cuando un clavo traspasó tu mano derecha, te pedimos que perdones los pecados que nuestro (a) hermano (a) haya cometido con su mano derecha.

Padre nuestro.

⁸ Si el elegido no acepta ser padrino, la familia toma la canasta y se va a ofrecerla a alguien más.

⁹ En la tradición católica estas cinco veladoras representan las cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo, mientras que en la mesoamericana son los cuatro rumbos del universo y su centro.

Figura 1 La cruz de un novenario en Acaxochitlán



3. Retirando el brazo izquierdo.

Señor Jesucristo, por el dolor que sufriste cuando te clavaron la mano izquierda, perdona los pecados que haya cometido nuestro (a) hermano (a) con su mano izquierda.

Padre nuestro.

4. Retirando el resto de la cruz.

Señor Jesús, por los dolores que sufriste en todo tu cuerpo en el momento en que estabas crucificado, perdona los pecados que nuestro (a) hermano (a) haya cometido con todo su cuerpo y su corazón.

Padre nuestro, Ave María, y “Dale señor el eterno descanso” (Butera, 2003: 55).

Una vez terminado el ritual de la levantada de la cruz, la familia y los padrinos permanecen toda la noche elevando plegarias junto con el rezandero. Al día siguiente se lleva en acompañamiento la cruz de piedra junto con los restos de la cruz del novenario que, en caso de ser de ceniza¹⁰ o cal, se recoge¹¹ y se mezcla con los sobrantes de los cirios y velas para colocarlos en una caja pequeña y finalmente enterrarlos en la tumba.

Para llevar las cruces al cementerio la gente parte de la casa a la iglesia a escuchar misa, donde las cruces son bendecidas. Posteriormente familiares, padrinos, vecinos

¹⁰ La ceniza de la cruz y de los itacates se toma del lugar donde se hacen las tortillas, se ciernen y se les pone agua. Así se arman los itacatitos, que se cuecen a medias en el comal y se les pone a un lado en una servilleta nueva.

¹¹ Por lo común la cruz de ceniza o cal se recoge con un cepillo y un recogedor pequeño.



Figura 2 Imagen de una tumba acabada la celebración de cabo de año. La cruz más vieja está detrás de las demás, pues la nueva se coloca enfrente de la que ya estaba allí. Las coronas se ponen sobre la tumba. **Fotografía** Luisa Elena Noriega A.

y amigos se encaminan rumbo al cementerio y dejan las cruces en la tumba. Este complejo ritual funerario finaliza cuando la familia del difunto ofrece una comida y da las gracias al padrino de manera pública, la cual se celebra tras la remoción de la cruz, cuya conducción al cementerio marca el final del funeral.

El cabo de año

El ritual que marca el cierre del ciclo inicial de los rituales funerarios se denomina “cabo de año”. Comienza con nueve días de anticipación a la fecha exacta de la muerte, para que el último día coincida con la misa del aniversario luctuoso. El día en que se cumple el año del fallecimiento se realiza el siguiente ritual: “El padrino compra otra cruz de piedra que bendice el cura en la misa, también compra arreglos y coronas de flores. Al terminar la misa, familiares y amigos se van camino al panteón y sobre la tumba dejan la nueva cruz, las flores y las coronas. La cruz es símbolo del principio viviente del difunto, tanto como el objeto material al que se asociaba el alma en una forma material percibida humanamente y, por tanto, transportable al cementerio” (García Valencia,



Figura 3 Otro ángulo de la tumba, donde se aprecia que la primera cruz es de madera. **Fotografía** L. E. Noriega A.

2008: 128). Éste se puede repetir un número indeterminado de veces; en cada ocasión que se celebra, se pone otra cruz en la tumba y coronas de flores.

Uno de los aspectos más llamativos de los panteones de Acaxochitlán es la cantidad de cruces en las tumbas. Cuando en una tumba hay hasta tres cruces, sólo hay un difunto enterrado ahí; en cambio, si hay más es muy probable que haya dos o más difuntos en la misma fosa. Allí no se exhuman los restos de un difunto para enterrar a otro, sino que se juntan y los del anterior se ponen en una bolsa que se deja dentro de la fosa, y después se coloca al nuevo difunto. Las cruces jamás se retiran, por lo que a veces hay hasta nueve o diez en una sola.

Bibliografía

- BUTERA V., Luis, *Novenario bíblico para difuntos*, México, Promociones Humanas, 2003.
- GARCÍA VALENCIA, Hugo, “Religión y orden social. La disposición de los muertos en San Miguel Aguasuelos, Veracruz”, en Lourdes BÁEZ CUBERO y Catalina RODRÍGUEZ LAZCANO (coords.), *Morir para vivir en Mesoamérica*, México, Consejo Veracruzano de Arte Popular/INAH, 2008.
- GOOD ESTHELMAN, Catharine, “La fenomenología de la muerte en la cultura mesoamericana: una perspectiva etnográfica”, en Lourdes BÁEZ CUBERO y Catalina RODRÍGUEZ LAZCANO (coords.), *Morir para vivir en Mesoamérica*, México, Consejo Veracruzano de Arte Popular/INAH, 2008.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y GEOGRAFÍA (INEGI), en línea [<http://www.inegi.org.mx>], consultado el 17 de enero de 2012.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*, 2 vols., México, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM (Antropológica, 39), 1984.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (RAE), *Diccionario de la Lengua Española*, en línea [<http://lema.rae.es/drae/>], consultado el 8 de febrero de 2012.
- SIMÉON, Rémi, *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*, Josefina Oliva de Coll (trad.), México, Siglo XXI, 2004.